

DIALOGO ENTRE D. ERASMO Y
EL DIABLO.

E.—¿Señor Diablo?

D.—¿Qué hay, D. Erasmo?

E.—Traigo aquí un artículo escrito para el periódico de V. y que puede arder en un candil. Oído, señor mio, que va el epigrafe: *Post nubilla Foebus*.

D.—En castellano, hombre.

E.—Vaya en castellano: *El hombre y las nubes mienten hasta por los dedos*.

D.—¡Soberbia traducción! y luego, ese epigrafe perteneció á un periódico. . .

E.—Al Sol, ya lo sé; pero perteneció es de pasado, y me pertenece es de presente; luego. . .

D.—Si: ¡hermosa lógica!

E.—Por lo que hace á la traducción, si vamos á preguntar á ciertas personas que conocemos tanto V. como yo. . .

D.—Yo no conozco á nadie cuando se trata de personalidades. Lea V. su artículo, y dejémoslo demás.

E. (Leyendo).—„En nuestro miserable Estado no se encuentran mas que hombres hipócritas, cínicos de faz austera. . .

D.—¡Hombre! hable V. con tiento.

E.—Pues señor, para poder hablar á mis anchuras, mudaré el epigrafe de mi artículo por aquel de Julio César: „*Al que le venga el saco que se lo ponga*.” Y este de Pitágoras: „*El que fuere cofrade que tome vela*.” Y este otro. . .

D.—Basta: siga V.

E.—„En nuestro miserable Estado no se encuentran mas que hombres hipócritas, cínicos de faz austera, que con la camándula en una mano y el puñal en la otra, hieren mortalmente á nuestra misera patria. Hombres vampiros, ciudadanos de tornasol, patriotas de goma elástica, que hace poco tiempo juraron. . .

D.—No siga V. D. Erasmo! Me parece retrata á ciertos satélites del *Jesuitismo*, y no quiero se ande despues con interpretaciones.

E.—¡Cómo! Tan mal anda en nuestro país la libertad de imprenta, que hasta V. señor Diablo, á quien no pueden perjudicar los censores por ser espíritu, y tener ideas calientes, como la temperatura del país en que habita; V., digo, teme porque en su periódico se escriban verdades y aberraciones del prójimo, sin que se diga quien sea este prójimo?

Las verdades amargan;
Pero es preciso,
Decírselas desnudas
A ciertos vichos.

D.—¡Ah, zopenco! ¿también es V. poeta?

E.—No tanto que digamos; bien que he leído las poesías de Gil Blas de Santillana; el arte poética de Saavedra, al cual llaman (los tontos) D. Quijote; pero las verdades no necesitan los adornos de la poesía para ser verdades. Ya dije que las diré desnudas. Lo que me tiene un poco cabizbajo es que he dado en querer ser gracioso, y ya V. sabe que para esto se necesita una cosa muy sencilla y es. . . serlo. A propósito de gracias: me parece que V. como Diablo travieso, cosmopolita, y en sumo grado democrático, debería usar en sus escritos este estilo, es decir, ser gracioso contra la voluntad de Dios y del prójimo.

D.—Hombre, V. ha olvidado aquello de: *vale mas caer en gracia que ser*. . .

E.—No, señor, no lo he olvidado. Si así no fuera, si no hubieran caído en gracia algunos semipatriotas, no ocuparían hoy cargos públicos á que no son acreedores, pues maldita la gracia que tienen para ello.—Conque convenido, señor Verde, y para lo venidero vapular á todo el que lo merezca, seguros de que no faltará también quien nos vapule, y quizá con mas gracia; porque

En este siglo de luz,

Como lo llaman algunos,

Hay graciosos oportunos

Mas agudos que un gorgus.

Yo les juro por Jesus. . .

D.—¡¡¡Prum!!!

E.—¡Ola! . . . Mi interlocutor ha desaparecido, y en su lugar quedó un olorcillo á azufre nada agradable! . . . ¡Pecador de mí! Olvidé que hablaba con el Diablo, y que el nombre de Jesus que he pronunciado hace en él el mismo efecto que la negativa de un gobernador, en ciertas gentes, para publicar un decreto.—Ahora, seor cajista, ó seor impresor, cuidado con olvidarse del epigrafe: ya sabe V. ¿eh? Aquello de Iriarte:

A todos y á ninguno

Mis advertencias tocan:

Quien las siente, se culpa;

El que no, que las oiga.